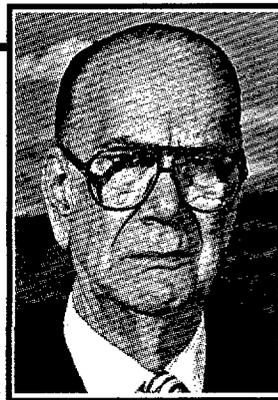


Mi tío Eduardo



UN jilguero silba en un sauce del camino y una ardilla salta de rama en rama mientras los ángeles tocan la lira, incluso sin entusiasmo, cada uno en su nube de poético algodón en rama. El alma de un justo le dice al oído al alma del otro justo cómplice.

—No es preciso que desentrañes la sabiduría, basta con que adivines una esquina del misterio. Muchas cuentas tendrás que dar a Dios por tu conducta: has corrompido a la juventud enseñándoles gramática y eso debes pagarlo con muy duro castigo.

Las mil trompetas de la paz sonaron al tiempo y se oyó la voz de un arcángel tartamudo y soltero pregonando que la lengua de la poesía no sobrevivirá al mundo.

En algunas familias proclives al misterioso juego del mayong se produce, cada dos o tres generaciones, la serenísima presencia de algún raro espécimen que trastorna los supuestos previos, revuelve los tópicos domésticos y no deja títere con cabeza en la relación social, ni profesional ni familiar (tampoco religiosa, ni económica, ni militar). Entre nosotros, quiero decir entre las siete familias que formamos el clan, este saludable agitador vivió en la generación anterior, entre quienes tendrían ahora ciento veinte años de edad, más o menos, y fue mi tío Eduardo, el marido de mi tía María, la hermana mayor de mi madre, un hombre breve de cuerpo e inmenso de alma, rubio y con los ojos azules, arquitecto de oficio, poeta de sentimiento, músico de vocación y caballero de la Tabla Redonda de temple, valor sin límite y desusadas energías

Mi tío Eduardo supo siempre que la verdad era un arma invencible y una coraza capaz de resistir todos los embates y esta convicción, unida a su aspecto dulce y delicado, le daba una fuerza en la que se pintaban todas las resistencias.

Mi tío Eduardo fue músico y toda su vida se la pasó al piano y apuntando sus descubrimientos y adivinaciones en el pentagrama. Debo admitir con toda humildad —me dijo una vez jugando al chapó en el Nuevo Club, cuando en La Coruña aún había Nuevo Club— que el sonido es un producto de nuestra mente, es lo mismo la delicada nota de un violín que el chasquido de estas bolas chocando, mientras que el espacio tiene una realidad fuera de ella, de ahí que no podamos describirla si no es señalando sus propiedades.

Le dije que lo pensaría y a los pocos días le di la razón. Hoy, a los varios años de muerto, vuelve a tener razón. Decía Cicerón que la verdad se corrompe con la mentira o con el silencio, pero esto no es cierto del todo ya que la verdad existe por sí misma y sólo se inventa la ficción.

Mi tío Eduardo fue la realidad misma del arte más sutil e inaprensible, a sus contemporáneos sólo les cabe el remordimiento de conciencia.

Camilo José CELA

